

LIBROS CRÍTICAS

NARRATIVA

Deslumbrante descaro

POR MARÍA JOSÉ OBIOL

Hay ocasiones en las que el prólogo no solo es el punto de partida para recorrer una novela, sino que una vez acabada esta vuelves a él pues sabes que dará más luz a lo ya leído. Eso es lo que ocurre en *Vida privada*, de la autora china Chen Ran (Pekín, 1962), pues finalizado el libro entiendes mejor cuanto quiere decir Jesús Ferrero en el prólogo, ya sea sobre la tradición desbordante, el surrealismo, el existencialismo, el más allá de los géneros o la escritura de riqueza avasalladora. *Vida privada* es una novela tan personal como extraña y deslumbrante y atañe a la subjetiva visión de su autora, pero en el cobijo de su propia identidad hay un trasunto universal de cómo se conforma y transforma una sociedad, o parte de ella, en esa etapa que ocupa desde el inicio de la Revolución Cultural hasta los sucesos de la plaza de Tiananmen, periodo que recorre la niñez y la juventud de Niuniu, la protagonista. En la novela hay una rutina de abismo y un deslumbrante descaro, vividos con una naturalidad inquietante. Cada entrada, cada capítulo, con títulos bellísimos, supone ahondar en un mundo nuevo, en experiencias de familiaridad, sexual, existencial que convierten la escritura en algo tangible. Ahí están estos gritos trágicos e inesperados de la madre, que Niuniu reconoce que no podrá olvidar jamás. O el desasosiego en el ceremonial de sus impuestos encuentros sexuales con el señor T. Y está la sensibilidad esencial y exquisita de su propia naturaleza con la viuda He. Como increíble es el incendio que se observa. Y es escritura: toses, humo,



calor. Pero hay más en este libro que la propia novela y el excelente prólogo, se trata de esos cuentos breves que son las notas a la edición y que mostrando y aclarando significados contienen en sí mismos relatos que amplían la novela y que no distraen de ella, sino que la expanden, y esa exhaustiva explicación no arredra ni incomoda. Es como un libro abriéndose a tantos otros y con ellos las ganas de saber y el placer de leer y aprender. La compleja *Vida privada* de Chen Ran se considera "obra fundacional de lo que se ha denominado la nueva corriente de escritura femenina".

Vida privada

Chen Ran. Prólogo de Jesús Ferrero
Traducción y notas de Blas Piñero
La Línea del Horizonte, 2019
392 páginas. 22,50 euros

El exdirector de *El Mundo* David Jiménez, en 2015. JUAN CARLOS HIDALGO (EFE)

MEMORIAS

Apoteosis de la perplejidad

En *El director*, que pretende denunciar las infecciones y achaques del periodismo. David Jiménez se queda corto en investigación y largo en chismes

POR JESÚS MOTA

Las relaciones de los medios de comunicación con el poder, político o económico, aunque el real es el segundo, merecen sin duda una atención que, por diversas razones, ha brillado por su ausencia. *El director*, de David Jiménez, un relato conducido en primera persona por el exdirector de *El Mundo*, tampoco nos concede la merced de esa atención a pesar de las expectativas que suscita en el lector. Los entresijos de la presión de las grandes empresas sobre la independencia de los medios de comunicación, en este caso sobre *El Mundo*, sólo aparecen en el nivel somero de enuncianción o proclamación. España es ese país donde basta con nombrar algo para darlo por explicado o resuelto, como si las palabras tuvieran el poder mágico de disolver la realidad. De la misma forma que no basta con que un cargo público o privado diga "asumo la responsabilidad" por tal o cual desaguisado si permanece en su cargo, tampoco la mención de *los acuerdos*, especie de arreglo sobreentendido para intercambiar favores y dinero entre ambos lados de la mesa, demuestra su existencia ni, por supuesto, explica su naturaleza.

Los mencionados *acuerdos* deberían ser el nervio central de un libro que pretende explicar por qué un reportero honrado, autoiluminado desde la página inicial con los neones brillantes del periodista sin compromisos empresariales, va perdiendo su entusiasmo inicial de cambiar un periódico y pierde la partida frente a los poderes fácticos en la sombra que conspiran contra la independencia periodística. Una tesis de esta índole, bien conocida por cierto, requería de un análisis en profundidad propio de un buzo de los entornos de poder en torno al diario; pero lo que aparece en sus páginas es un gracil surfeo por la superficie del estanque de tiburones. En el discurso del relato hay un Will Kane bueno (no parece un John T. Chance), algunas amigas abnegadas rozan-

do el esquirolaje y un villano caracterizado con las máscaras alternativas de la mediocridad y el oportunismo. La redacción aparece como un telón pintado en el que luchan por medrar, hoy como ayer, redactores ambiciosos y cargos de dudosa lealtad. Un retrato muy similar al que cabría dibujar de cualquier profesión. Precisamente, la tarea de un director es reducir las dentelladas, sacar lustre a las virtudes (porque unas y otras siempre van mezcladas) y encabezar con habilidad la resistencia a las presiones del gran villano del poder.

En realidad, *El director* podría haberse concebido como una crónica de ficción de mediano jaez; mimbres tendría para ello. Para ser un buen relato le faltaría empaque literario y esperar en los personajes. Pero, claro, no es ese su propósito. Como documento de no-ficción que denuncia las infecciones y achaques del periodismo, se queda corto en investigación y largo en chismes. No ayudan algunas inconsistencias que revelan la debilidad del punto de partida. Un par de ejemplos bastarán: casi en el mismo párrafo, se define *El Mundo* como un diario forjado "alrededor del periodismo de investigación y la denuncia de los abusos del poder", se describe a su director como intermediario o medianero de las cuitas de los altos cargos del PP ante Aznar; o la sorprendente veledad de citar a algunos de sus protagonistas por sus nombres reales y a otros por sus apodos, no especialmente ingeniosos, como La Digna, El Dos o El Cardenal.

Estrecho de costuras y corto de talla, *El director* se reduce a un desahogo estruendoso del autor, que transita por sus páginas como con un rictus permanente de perplejidad. Al final, *El director* es un ejemplo de aquella expresión que con tanta gracia repite Rafael Sánchez Ferlosio: "Peer en botija para que retumbe".

El director

David Jiménez
Libros del K.O., 2019
296 páginas. 18,90 euros

NARRATIVA

En las prisiones del cuerpo

POR CARLOS PARDO

Hay un prejuicio particularmente incómodo con las novelas de aprendizaje escritas por jóvenes, aquellas en las que un autor o autora menor de 30 años plasma el tránsito de unos personajes hacia la primera madurez sin esperar a que la distancia con los hechos narrados sea completa. Se suele decir entonces que son novelas generacionales, como si fuera un demérito. Más allá de lo ambiguo de la etiqueta "novela generacional", que puede aplicarse a obras de un alcance universal (*Los Buddenbrook*, *El diablo en el cuerpo*, *Nada*), probablemente el prejuicio tiene como verdadera diana una forma de entender la literatura alérgica a la nostalgia y a las convenciones del idealismo estético, una forma política. Es decir: se censura la preferencia de ficciones que no construyen mundos autosuficientes, sino que se decantan (para influir en él) por el inseparable contexto en el que surgen. *Cuerpos malditos*, la segunda novela de Lucía Baskaran (Zarautz, 1988), tiene clara su apuesta por desvelar el presente, y a pesar de algunos rasgos de novela primeriza (las fluctuaciones de una voz que busca su originalidad, y la alcanza sólo a ratos), éste no es un logro pequeño. Baskaran narra en primera persona el periodo de tiempo que Alicia pasa en su pequeño pueblo natal, desde la muerte de su novio Martín hasta la superación del duelo. Alicia relea su pasado, da un sentido profundo a sus amistades y relaciones, resuelve conflictos familiares y ambiciona una vida autónoma lejos de una madurez convencional. Y Baskaran alterna con fluidas escenas de diferentes épocas, retrospectivas, con invocaciones en forma de misiva al novio muerto. Son estas cartas a Martín con las que comienza *Cuerpos malditos* los momentos más peligrosos del libro: la estilización de un lenguaje literario que aspira a ser poesía limita, ata en corto ciertas cualidades de Baskaran. A veces pareciera que se obligara a escribir bien, cuando precisamente son aquellos momentos con la guardia baja, con humor, virulencia y riesgo donde Baskaran brilla con una luz propia e intensa. Y es que la principal cualidad de *Cuerpos malditos*, más allá de la velada trama de fondo que le sirve como excusa, es la franqueza y la capacidad de poner en juego unas cuantas vidas echadas a perder para las expectativas sociales, laborales y sentimentales, vividas como prisiones. Un grupo de



jóvenes (mujeres) para las que vivir es despertar el cuerpo aletargado, reivindicar el monstruo interior, reforzar las redes de sororidad y neutralizar la "mirada masculina" que funda la construcción de su imagen desde una sospechosa objetividad. Baskaran es muy buena nombrando las sutiles huellas de la edad y la conciencia en el cuerpo joven, el "aroma ligeramente agrio (...) de la infancia pudriéndose para dejar paso a la adolescencia" y la posterior neurosis del cuerpo imitativo, alienado y desdoblado "como si siempre hubiera una cámara enfocándose". Por eso apenas que en una novela que capta con acierto la sensación de estar en tierra de nadie, incompleta, domesticada pero latente, los personajes masculinos sean tan simples, brutos y primitivos. Las mujeres de *Cuerpos malditos* ganan por goleada. Y lo que comienza como una carta de despedida a un hombre concreto, el novio muerto, termina como una despedida del género completo, asimilado por la narradora como una parte más de ella: el agresor interior, su parte masculina.

Cuerpos malditos

Lucía Baskaran
Temas de Hoy, 2019
224 páginas. 17,90 euros